

La ciudad te lo agradezca,  
Mis enemigos te premien.  
Muerto te pintas por mí,  
Creerlo he cuando te entieren;  
Yo haré bien por tu alma,  
Lloraréte, si pudiere.  
¡Oh cómo me escribes tierno  
Que usurpo tu alma y bienes!  
Dos almas debo tener,  
Viviré lo que quisiere.  
Si la una me fallare,  
Con la otra entretendréme,  
Y ojala fuese yo tuya,  
Porque sin alma estuviese.  
¡Oh cuán hermosa me haces!  
Sólo mas que las mujeres:  
Blanca, rubia como el sol;  
¡Por tu vida que no mientes!  
Bien son palabras ociosas;  
Diosa me haces, ¿y quieres  
Que me humane á tu bajeza?  
Diosa soy, humano eres:  
No puedes llegar á mí;  
Salido te ha mal la suerte,  
Que las que somos divinas  
No tratamos con la gente.  
Allá te avén en tu tierra,  
Pues mi cielo no mereces.  
Pidesme que nos veamos;  
Pareceme que tú vienes:  
Bien tienes dónde acudir.  
Y en esto ha estado tu muerte,  
Que quizá mis pensamientos  
Se inclinaran á quererte;  
Pero vive confiado  
Que hallarás al presente  
Mil mujeres mas que diosas,  
Pues hay para un hombre veinte.  
Y en esto alzando los ojos,  
Dando de mano al copete,  
Rompíó el papel y arrojóle,  
Porque le importó rompelle.

(Romancero general.)

## 1464.

(Anónimo.)

¡Apártaste, ingrata Filis,  
Del amor que me mostrabas,  
Para ponerlo en aquel  
Que pensando en tí se enfada?  
¡Plegue á Dios no te arrepientas  
Cuando conozcas tu falta!  
Mas no la conocerás,  
Que aun para tí eres ingrata.  
¡Filis, mal hayan  
Los ojos que en un tiempo te miraban!  
Aguardando estoy á verte,  
Tanto cuanto ya te ensanchas,  
Arrepentida, llorando  
El bien de que ahora te apartas.  
Vispera suele el bien ser  
Del mal que ahora no te halla;  
¡Pero aguarda que él vendrá  
Cuando estés mas descuidada!  
¡Filis, mal hayan, etc.  
Oh cuántas y cuántas veces  
Me acuerdo de las palabras,  
Cruel, con que me engañaste  
Y con que á todos engañas!  
A tí te engañaste sola,  
Pues te he de ver engañada  
D'este que tú tanto adoras,  
Y de mí sin esperanza.  
¡Filis, mal hayan etc.  
Miréte con buenos ojos,  
Pensando que me mirabas  
Como te miraba yo,

Por tu bien y mi desgracia;  
Que en esto bien claro está  
Eras tú la que ganabas;  
Mas al fin no mereciste  
Tanto bien, siendo tan mala.  
¡Filis, mal hayan  
Los ojos que en un tiempo te miraban!

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte. — It. Romancero general.)

## 1465.

(Anónimo.)

Matiza con mil colores  
El abril los campos verdes,  
Y enriquecelos el mayo  
Con jazmin, rosa y claveles,  
Cuando huyendo de la tierra  
Que tanto nos enriquece,  
Por no tener gusto alguno  
Valerio su gusto pierde.  
Mandóle su Calidora  
Que no la oyese ni viese,  
Y aunque es sentencia de agravio,  
Con agravio la consiente;  
Y por darle mayor gusto  
En el hondo mar se mete  
Buscando las zarandajas  
Que en tal caso se requieren.  
La nave del pensamiento  
Va do es justo que se anegue,  
Por ir tan altas las ondas  
Que hasta el mismo cielo lleguen;  
Y cuando bajas, tan hondas  
Que allá en el centro se meten,  
Que es centro de las desdichas  
Adonde viniendo muere.  
Con los suspiros que arroja  
Crece el viento y se embravece  
La mar que ciega sus ojos,  
Y su sentido entorpece.  
Del entendimiento el norte  
Falta, con que el bien perece,  
En entrando á renovar  
La historia de verse ausente.  
Y así rompiendo la nave  
Del gusto que así se pierde,  
Le anega en el mar de amor  
Donde nadie se defiende;  
Que son pesadas sus burlas,  
Y desdichas los placeres,  
Cuales las pasó Valerio  
Triste, desterrado, ausente.

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte. — It. Romancero general.)

## 1466.

(Anónimo.)

Sobre unas tajadas rocas  
Que al cielo sus hombros prestan,  
A quien mira el sol primero,  
Y á quien á la postre ciega;  
Tan estériles, que allí  
Ni un árbol solo no cuelga,  
Cubiertas de ovas peñadas  
Que arrastraban por la tierra;  
En lo mas alto de todas  
Se via un águila fiera  
Con un cordero en las uñas  
Balandando con voces tiernas.  
Para haberle de matar,  
Por los ojos le comienza,  
Y cuando ciego le tuvo,  
Al corazón dió la vuelta.  
Ya le esconde el corvo pico<sup>1</sup>  
Entre la lana y las venas;

## 1467.

(Anónimo.)

Después que rompiste, ingrata,  
De amor el estrecho nudo,  
Pruebo á sujetar el cuello,  
Y no consiente otro yugo.  
Gocé libertad tres años,  
Si aquel es libre y seguro  
Que de llorar tus mudanzas  
No tiene su rostro enjuto.  
Pensaba que era en amarte  
Cuando ménos sin segundo;  
Pero ya me dice el tiempo  
Que han sido primeros muchos,  
Y que acuden á tu casa  
Mas galanes al descuido,  
Que caben rios ni arroyos  
En el reino de Neptuno.  
Y para mas afrentarme,  
Porque me escarnezca el vulgo,  
Has dado en hacerme esclavo  
Con los hierros de tu gusto.  
De agravio y desdenes tales  
Solo á mi firmeza culpo,  
Que no acierta á ser mudable  
Cursando tanto en tu estudio.  
Mas ¡ay! que es venir á ménos,  
Aunque pueda hacer un hurto  
Mas famoso que el de Elena,  
Negarte mi alma tributo;  
Y así le cuento á Cupido,  
La vez que á su templo acudo,  
Mas quejas que en el Senado  
El villano del Danubio.  
Todos los amantes oye,  
Para mi está sordo y mudo;  
No sé si el traidor procura  
Lo que yo tambien procuro;  
Que segun es tu belleza,  
Aunque tenga de Dios humos,  
No deja de ser quien es  
En ser de tus siervos uno;  
Y si va á decir verdades,  
Aunque de falsa te acuso,  
A manos de tu ira muera,  
Si fuere de otra y no tuyo.

(Romancero general.)

## 1468.

(Anónimo.)

No es razon, dulce enemiga,  
Si acaso me quieres bien,  
Que por dar contento á Zaida,  
Tan sorda á mi amor estés.  
¡Qué áspid de Libia, señora,  
Te ha enseñado á ser cruel?  
¡Quieres con alma traidora  
Tiranizarla en un mes?  
Dícenme que este envidioso  
La causa de mi mal es;  
Y que son tus ojos fuentes  
El tiempo que no le ves.  
Pues no es justo, Laura hermosa,  
Que con tan rico laurel,  
A fuerzas de fe ganado,  
Se adorne un traidor sin ley.  
Vuelve con piedad tus ojos,  
Verás rendido á tus piés  
Cómo se queja Floriardo  
Por el rigor de un desden.  
Con lisonjas me entretienes  
Y con engaños tambien;  
Héte sido fiel en todo  
Y en todo me has sido infiel.  
Pues ya mis quejas te enfadan,  
¡A quién, tigre hircana, á quién

Y por el aire medrosas  
Las blancas bedijas vuelan:  
Cuando al galope corriendo  
Por un lado de las peñas  
Asomé el valiente Albanio  
En un bayo á la gineta,  
Con una espada de corte  
Que de un taheli le cuelga,  
Y en el arzon, con dos cargas,  
Una escopeta turquesca.  
Llamando viene á su gente  
Que se le perdió en la sierra  
Tras un jabali cerdoso,  
Que de un golpe muerto deja.  
Y alzando entrambos los ojos,  
En lo alto de las peñas,  
Esgrimiendo el fiero pico  
Descubrió el águila fiera.  
Movido de tal crueldad,  
Puso al rostro la escopeta,  
Y tocando al muelle blando,  
El águila cayó muerta.  
Cayó balando el cordero  
Entre las uñas sangrientas,  
Aunque sin vista, no muerto,  
Que le ampara dicha buena.  
Tomóle Albanio en sus manos,  
Y al noble pecho le allega,  
Y halagándole le flora  
Tan castigada inocencia.  
Tenia puesto un collar,  
Y escrita en él esta letra:  
«Tirsi me labra el collar,  
Y Melanio me apacienta.»  
— Iguales somos, le dice,  
En la fortuna y las penas;  
De otras uñas me escapé  
Que vida y alma penetran:  
Tívome un águila preso,  
Que de la beldad fué reina,  
Y en duda estoy cuál fué mas,  
Su crueldad ó su belleza.  
Tirsi me rompió mi alma  
Con pico y crueldad inmensa,  
Siendo cordero en la culpa,  
Mal grado á tanta paciencia.  
Comenzome por los ojos,  
Quedó el alma sin defensa,  
Pues para herir el alma  
La razon ha de estar ciega.  
Ven conmigo, prenda cara,  
Dueño cobras, padre heredas,  
Desde hoy te ofrezco regalo,  
Que hasta tu herida tierna.  
Solo á tu vista y la mía  
No ofrezco salud entera,  
Porque herida en los ojos,  
Quien la cura mas la ciega.  
Mas ofrezcote la grama  
De mis jardines y huertas,  
El amparo de sus sombras,  
La piedad de quien te lleva.  
Daréte yo el pan de leche  
De mi mano y de mi mesa,  
Porque ofendieron en leche  
Mi esperanza y tu pureza.—  
Con esto el valiente Albanio  
A su alma dió la vuelta,  
Y por el hallado nuevo  
Su perdida gente deja.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> La cuarteta que se forma desde este verso es un bellissimo cuadro de natural y verdadera poesia.

De mi dolor daré cuenta  
Sino es á la causa de él?  
Y si por pobre me dejas  
Y te mueve el interés,  
Si has menester lo que valgo,  
Tu esclavo soy, vendemé.

(Romancero general.)

1469.

(Anónimo.)

Noche templada y serena,  
Que como madre piadosa  
Das á mis quejas silencio  
Entre los vivos, tú sola;  
Oye despacio y no temas,  
Pues no ménos que tu sombra  
Recelan mis ojos tristes  
La venida del aurora,  
En tanto que á estas murallas  
Do mi enemiga reposa  
Dan asaltos mis suspiros  
Y combaten mis congojas:  
«¡ Cuitado del que llora  
» A lenguas mudas y á paredes sordas!»  
No duermas, fiera enemiga,  
Segura de tu victoria,  
Que no hay victoria segura  
Donde hay fortuna dudosa.  
No soy tan flaco contrario  
Que mi razon, mucha ó poca,  
A contrastar no bastara  
La tigre mas espantosa.  
No es tan pequeño mi fuego  
Que con el viento que sopla  
No convirtiera en ceniza  
Otras mas fuertes que Troya.  
«¡ Cuitado del que llora  
» A lenguas mudas y á paredes sordas!»  
Goza, cruel, tu sosiego,  
Qu' esta mi voz temerosa  
Poco te ofende en quejarse  
Si con su daño te gozas.  
Dén voces por mi las piedras,  
Llamándote rigorosa;  
Que si de serlo te precias,  
Tus enemigos te honran;  
Y si por yerro me vieres,  
Haz que de verme te asombres;  
Que si el pecado es cobarde,  
Con razon vives medrosa.  
«¡ Cuitado del que llora  
» A lenguas mudas y á paredes sordas!»

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1470.

(Anónimo.)

Despertad, hermosa Celia,  
Si por ventura dormis,  
Que vida que ha muerto un hombre  
No es justo que duerma así.  
Si no teméis la justicia,  
Por misericordia oid  
El alma del mismo cuerpo  
Que viene á penar aquí.  
Abrid esas celosias,  
Ya que las puertas no abris,  
Si no teméis que entre dentro  
Como sombra del que fui.  
Yo me acuerdo que algun dia  
Sin descansar ni dormir,  
Os hallaba el sol en ellas,  
Y vos, en la calle, á mi;  
Y agora que estáis durmiendo  
Alegre en verme morir,  
No os duele que el cielo llueva,

Y que llueva sobre mí.  
Si algun dichoso os detiene,  
Decidle que yo lo fui,  
Y que para cuando os pierda  
Os deje doler de mí.  
; Triste dél cuando os conozca,  
Como yo cuando os perdi!  
Que tenia de piedra el alma  
Y el rostro de serafin.  
En vuestros brazos estuve;  
Mas no hay que fiar así  
Del sol claro por enero,  
Y flor de almendro en abril.  
Celia, pues no despertais,  
Es fuerte dios el sufrir;  
Dormid, y velen mis ojos  
En tanto que vos dormis.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1471.

(Anónimo.)

En una barca metida,  
Entre temor y esperanza,  
Pasa el mar la que en amor  
A todas excede y pasa.  
Va en busca de Lucidoro  
La bellissima Lisarda,  
Olvidada ya de Ardenio  
Y aun de si propia olvidada.  
No lleva vela ni guia,  
Que harto vela quien bien ama;  
Ni anda el remo, y al de amor,  
La que la gobierna, manda.  
No va la barca sin peso,  
Ni en llevarla poco abarca;  
Que siempre la triste y sola  
De cien mil pesares carga.  
No lleva tiros de bronce,  
Ni ménos gente de guardia;  
Que los rayos de sus ojos,  
Si miran airados, matan.  
No la apagan sus deseos  
Ver en medio tantas aguas;  
Que el gran fuego de su amor,  
Aunque muchas, no lo apagan.  
No va á Indias, porque estima  
El oro fino de Arabia;  
Que oro tiene en sus cabellos  
Y en su blanco pecho plata.  
No busca esmeraldas finas,  
Porque en sus ojos las halla,  
Ni hace caso de las perlas,  
Que ántes ella las derrama.  
En busca va de una piedra,  
Que puesto caso que es falsa,  
En los quilates de fe  
Es del anillo del alma.  
A piedra falsa y hermosa  
Parece en todo sin falta,  
Dureza y belleza junto  
En el corazon y cara.  
No es vestido de camino  
Con el que viene esta dama,  
Que la tomó la locura  
En el estado de galas.  
Una saya entera trae.  
Toda llena de esmeraldas,  
Que es propio de quien navega  
Andar lleno de esperanzas:  
Manga bordada con lazos  
De redecilla de plata;  
Que porque no se le escape,  
Lleva lazos, red y manga.  
Los cabellos lleva presos  
Con una cinta de nácar;  
Que los que enlazan y prenden  
Es justo que presos vayau.

Descubrióse el puerto, adonde  
Tiene el ingrato su casa,  
Puerto que le llama ella  
Cabo de Buena-Esperanza.  
Aquí quisiera ella nacer  
Del pensamiento una barca;  
Que como ama y desea,  
Piensa que la suya pára.  
Mas cuando, pongo por caso,  
De su ventura alcanzara  
Hacerla del pensamiento,  
Sospecho que no le hallara;  
Que como tiene este monstruo  
Tan velocisimas alas,  
Está ya de la otra parte  
Por mensajero del alma.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1472.

(Anónimo.)

A vista del puerto está,  
Que no puede tomar puerto  
La desdichada Lisarda,  
Por serle contrario el tiempo.  
Levantóse una tormenta  
Tan furiosa, que al momento  
Las olas del hondo mar  
Competian con el cielo.  
A la cortesía del agua,  
A su gran desasosiego  
Iba la barca sujeta,  
Llevada de un recio viento;  
Y atada á la parda nube,  
Ya decidiendo al hondo centro,  
Dando como mal regida  
De un extremo en otro extremo.  
; Ay desdichada de mí!  
Dijo, vista en este aprieto,  
¿ Dónde volveré los ojos  
Que me cause algun consuelo?  
Aire, cielo, mar y tierra,  
Revueltos contra mí veo,  
De suerte que me hacen guerra  
Todos los cuatro elementos.  
El cielo ya me amenaza  
Con mil temerosos truenos,  
Y temo que un rayo arroje,  
Que es lo que mas me recelo;  
Y no porque á mí me mate,  
Su rigor y fuerza temo;  
Que el que aborrece la vida,  
No tiene á la muerte miedo.  
Pero como en lo mas duro  
Suele hacer su golpe fiero,  
Al pecho de Lucidoro,  
Como á tal, irá derecho:  
Aunque en ser de fuego el rayo,  
Está seguro su pecho  
De que no lo abrasará,  
Pues no le abrasa mi fuego.  
El aire ya me persigue,  
Pues es su furor violento  
Un mandamiento de embargo  
Para que el cuerpo esté preso.  
La tierra me tiene el alma,  
Pues me tiene á quien bien quiero,  
Y el hondo mar, de envidioso,  
El martirizado cuerpo.  
Aquí verán un milagro,  
Y si no es milagro, creo  
Que lo traza mi desdicha  
Por arte de encantamento;  
Pues aunque el mar no consiente  
Tres dias un cuerpo muerto,  
Sobre sus inquietos hombros  
Me detiene tanto tiempo.  
Todo me sucede mal;

Tanto, que tengo por cierto  
Que lo que es bueno de suyo,  
Hace en mí contrario efecto:  
Por aquí se pueden ver  
Mis desdichados sucesos,  
Y si me quejo de vicio  
En todo cuanto me quejo.  
El cielo le veo cerrado  
A mis quejas y á mis ruegos,  
Y el desenfadado mar,  
Para me sorber, abierto.  
Cuanto anduve por la tierra,  
Lo mas caminé por puertos,  
Y ya que en el mar estoy,  
No le topo porque es bueno.  
En nada tuve fortuna,  
Cuando pisé el patrio suelo,  
Hasta que en el mar me ví,  
Do, por ser mala, la tengo;  
De suerte que sola yo  
A tener las cosas vengo,  
Cuando me pueden dañar,  
Y no cuando las deseo.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1473.

(Anónimo, que continúa el anterior.)

Ya el excesivo rigor  
De la pasada tormenta  
El perezoso Santelmo  
En bonanza cambia y trueca.  
Aire, cielo, tierra y mar  
Dejaron de darla guerra,  
Dando de paz todos cuatro  
Cierta y amigable muestra:  
El cielo, en quitarse el luto,  
El aire, en templar su fuerza,  
La mar, en desenojarse,  
Y en recibirla, la tierra.  
Apénas pisa la playa,  
La cuesta pasada apénas,  
Cuando encuentra á su enemigo  
Para sufrirlas de véras.  
El repentino suceso  
Le heló la sangre en las venas,  
Que á veces el alegría  
Mata como la tristeza.  
Atóle la lengua amor,  
Y quisole hablar por señas,  
Que los ojos de un amante  
Hacen oficio de lengua;  
Mas la fuerza del agravio  
Rompíó el silencio por fuerza,  
Dando á la lengua conceptos,  
Y á los ojos bellos, perlas.  
— ¿ Es posible, ingrato, dice,  
Que haya en tí tanta dureza  
Que mi firmeza y lealtad  
Ni te mude ni te tuerza?  
La guerra que el cielo me hizo  
Ya de cansado la deja;  
¿ Y tú no quieres dejarla,  
Ni aun darme siquiera treguas?  
El aspereza de un dia  
Otro la deshace y quiebra;  
¿ Y la de ese pecho duro  
Con ningun tiempo se templá?  
¿ Es de piedra ese tu pecho?  
Pero no, que á ser de piedra,  
El agua que dan mis ojos  
A hacerle viniera mella.  
¿ Es de nieve por ventura?  
; Mas ay de mí, si lo fuera,  
No digo nieve, mas bronce,  
Mi fuego le derritiera!  
Debe de ser de cristal,  
Segun muestra su cruera;

Pues siendo como es de agua  
Ningun calor le deshíela.—  
Esto dijo, y un desmayo  
Le cortó el hilo á sus quejas,  
Porque no sirven palabras  
Para quien no tiene orejas.  
Quedó la pobre señora  
Del color de la azucena,  
Vuelos los hermosos ojos,  
De un frío sudor cubierta.  
Vuelve en sí, meneas los labios,  
Pide luz, tráenla una vela  
Pensando que la pedía  
Para no morir sin ella:  
Mas no lo dice por eso  
Sino, que aun á sí se esfuerza  
Para decir.— Lucidoro...—  
Y al medio nombre se queda.  
Poca impresion en él hace  
Aquesta viva tragedia,  
Que aunque es hecha por su causa,  
Ni le duele ni le pesa.  
Puso la muerte en su arco  
Una penetrante flecha,  
Entada, como ella suele,  
De su venenosa yerba:  
Y como es diestra en tirar,  
Y no trae, cual Amor, venda,  
Al pecho que Amor erró,  
Ella con su tiro acierta.  
Murió el hereje de amor  
Tan contumaz en su secta,  
Que con el alma en los dientes,  
De Amor, con ser dios, reniega.  
Y con una risa falsa  
Dice, tratándole d'ella,  
—A costa de verte así,  
Otras mil veces muriera.—  
Quitósele luego el habla  
Con esta razon postrera,  
Que ya no consiente el cielo  
Que le diga mas blasfemias.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1474.

(Anónimo.)

Señora, vuestro papel,  
Como mandaste lei,  
Los ojos puestos en él,  
Y el alma en un serafín;  
Y aunque juez apasionado,  
Aqueste descargo oid,  
Que en vuestras injustas quejas  
Vuelve la razon por mí.  
Confieso que vuestro amor  
Ha sido mas que decís,  
Y que vos fuisteis el alma,  
De lo que en un tiempo fui.  
Confieso que me ofrecistes  
De vuestro rostro el jazmín:  
A tantas obligaciones  
Yo no sé qué me decir,  
Porque la culpa que tengo,  
Es que á mi Celia ofendí.  
Considerad mi pasión  
De lo que os informo aquí,  
Y á vuestro Celio que canta  
Un cantar que dice así:  
«Al cabo de años mil,  
»Vuelven las aguas por do solían ir.»  
Vuelve detras del invierno  
El verde y vistoso abril,  
Y del campo las alfombras  
Las matiza el alesi;  
Los años que un tiempo alegres  
Bañaban el toronjil,  
Olvidando el nuevo curso,

Vuelven por do solían ir;  
El miserable cautivo,  
Que casi vido su fin,  
Vuelve á su querida patria,  
Por dinero ó por ardid;  
El caminante que anduvo  
Desde Vizcaya á Madrid,  
Vuelve á ver su amada prenda,  
De su esperanza adalid.  
Suele el cazador astuto  
Dar alcance al jabali,  
Y vuelve de entre las redes  
Suelto por el campo á huir.  
Todo lo consume el tiempo,  
Agosta el fresco jardín,  
Mas como tiempo mudable,  
Le vuelve al mayo á vestir.

«Y al cabo de años, etc.»  
De Celia en quien tengo el alma,  
Que os dé el retrato decís,  
Y por no seros ingrato  
Os le entrego, veisle aquí.  
Es su cabello fino oro,  
Y esto, señora, advertid  
Que borda con su madeja,  
Y entónces el oro es vil.  
Es su frente marfil blanco,  
Sus cejas arco sutil,  
Cuyas flechas son los ojos,  
Remate de su nariz;  
Es su boca coral fino,  
Que engarza el blanco marfil,  
Y su pecho y su cintura  
De la honestidad perfil.  
Lo demas no lo retrato,  
Por cubrillo un faldellín,  
Y finalmente os respondo  
Al papel que me escribis,  
«Que al cabo de años, etc.»

A vuestras aras ofrezco  
Los sueños que no dormí,  
Aguardando hasta maitines  
A la seña de tin candel.  
En paga de vuestro amor  
Tambien podréis recibir  
Tantas noches que hasta el alba  
Nos dió el sol á vos y á mí.  
Perdonad que de mi amor  
No puedo ser San Martín,<sup>1</sup>  
Porque el alma entera tiene  
La mesma que vos decís.  
Cuatro inviernos la he querido  
Mas que á la mar el delfín;  
Quiere dar paga á mi amor,  
Y yo respondo que sí.  
Confieso que no os merezco,  
Y tambien digo que al fin  
Vos tenéis mas plata y oro  
Que ha engendrado el Potosí.  
Ofrecedlo á vuestro esposo,  
Que para libre nací,  
Y soy un cuerpo sin alma,  
Que solo os sabré decir.  
«Que al cabo de los años mil,  
»Vuelven las aguas por do solían ir.»

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general, etc.)

<sup>1</sup> San Martín partió su capa para abrigar á un pobre, pero el poeta dice que no puede partir su amor.

1475.

(Anónimo.)

¡Corazon, por qué pasais  
Las noches de amor despierto,  
Si vuestro dueño descansa  
En los brazos de otro dueño?  
No gasteis tantos suspiros

Sepultados en el pecho;  
Que tentar á la fortuna  
Nunca fué de amantes cuerdos.  
Pues ya estáis aborrecido,  
¿Qué sirve clamar al cielo,  
Hacer de las noches días,  
Y gastar en vano el tiempo?  
Una mujer, cuando olvida,  
De fuego se vuelve en hielo;  
Que quien con extremo ama  
Aborrece con extremo.  
La justicia os ha corrido  
A deshora en algun tiempo,  
A los hierros de esta reja,  
Doudé contemplais los vuestros.  
Recogeros ha mandado,  
Pero vos no lo habeis hecho;  
Que un alma de amor qu'es ciega,  
No guarda ley ni respeto.  
Ganar pretendéis humilde  
Lo que perdistes soberbio;  
Mas, corazon, ya no estima  
El amor merecimientos.  
Mi bien es mujer en todo,  
Dejadla en su pensamiento;  
Que quien lo presente olvida,  
No se acordará de nuevo.  
No hayais miedo que conozca  
Vuestras obras y deseos;  
Que como el amor es niño,  
No tiene conocimiento.  
Sentid el mal, como es justo;  
Pero no deis á entenderlo;  
Que siempre contra un rendido  
Es valiente el menosprecio.  
Pues sois mio, y veis que os hablo,  
Estimad estos consejos;  
Y adios, que sale Amarilis,  
No entienda que yo la quiero.

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1476.

(Anónimo.)

Sobre las blancas espumas  
Del mar de amor iba huyendo  
Un rico bajel, cercado  
De enemigos y de miedo.  
Dicen que lleva cargados  
De coral y oro los senos,  
Y que vale una ciudad  
Una perla que va dentro.  
Tras él le va dando caza  
Otro bajel mas ligero,  
Cuyo artillero es Amor,  
Grande robador de yerros.  
«Dale fuego,  
»Artillero, niño ciego;  
»Carga, que es forzoso  
»Rendir un bajel hermoso.»  
De sus penas hace balas,  
De su firmeza, pedreros,  
La pólvora, de su ira,  
De sus suspiros el fuego;  
El deseo de alcanzarle  
Le va sirviendo de remos,  
Sus pasiones, de forzados,  
Y su dicha, de gobierno:  
El alma ofendida y libre  
Sirve de cómitre diestro,  
Que con crueles memorias  
Azotaba á los remeros.  
«Dale, etc.»

Cuando el bajel hace agua  
Daban á la bomba fuego,  
Y la bomba eran sus ojos,  
Y este mal salía de ellos.  
De aguja de marcar

Le sirve su fe de acero  
Que siempre mira hácia el norte,  
Y el norte es el que va huyendo.  
Este famoso cosario,  
Disfrazado en marinero  
Dicen que se llama Albanio,  
Y que fué pastor primero.  
«Dale fuego,  
»Artillero, niño ciego;  
»Carga, que es forzoso  
»Rendir un bajel hermoso.»

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1477.

(Anónimo.)

Para queja de las flores,  
Para envidia de las aves,  
Puso el amor en Belarda,  
Florida edad, voz suave:  
Nueva guerra de las vidas,  
En lo airoso de su tallo;  
Y en lo dulce de su voz,  
Tiernas lisonjas al aire.  
Recátense los deseos,  
Todo atrevimiento pare,  
Que es hechizo su belleza  
Y es encanto su donaire.  
Clavel matizado en nieve  
Es su boca, cuyo esmalte,  
Ya en la sarta de sus perlas  
Pone extremos de corales

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1478.

(Anónimo.)

Fuego exhala, y agua vierte  
Jacinta á un verde vergel;  
La culpa tiene un pesar,  
Que le ocasionó un desden.  
Encuéntrense fuego y agua  
En el camino tal vez;  
Mas ni el agua enjuga el fuego,  
Ni ella le impide el arder.  
De quejas enternecidas  
Poblado el aire se ve;  
Mas quien siembra en viento, el viento  
Por premio suele coger.  
Quejas dió á su bello ingrato;  
Respondióla descortés,  
Y al alivio del olvido  
Consultó su parecer.

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1479.

(Anónimo.)

Campos de plata bruñidos  
Vuelve la nieve y el hielo,  
Habiendo sido dorados  
Por los trigos que tuvieron:  
Descúbrense en las montañas  
Nevados robles y tejos,  
Vestidos por el octubre,  
Desnudos por el invierno:  
No salen los pajarillos  
A ver la luz de los ciclos,  
Y el sol avaro de rayos  
Está de nubes cubierto.  
En escarchados vellones  
Balandando están los corderos,  
Cuya lana es la defensa  
Contra la fuerza del tiempo.  
Los rios que al mar venían  
A dar tributo soberbio,

El invierno perezoso  
Ata en cadenas de hielo ;  
Helados están al fin  
Todos los tres elementos ;  
Que solo el fuego se escapa  
De la inclemencia del cielo ,  
« Cuando de Lauro el pecho  
Fenisa abrasa en amoroso fuego. »

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1480.

(Anónimo.)

Tirana deidad del Bétis ,  
De nuestro siglo Sibila ,  
Desprecio de los ingenios ,  
Discretísima Jacinta :  
Oye de un amante tuyo  
Las firmezas y desdichas ,  
Así vivas siempre hermosa ,  
Así mil edades vivas .  
Escucha de mi privanza  
La fortuna y la caída ,  
Si no para su reparo ,  
Para saber mi justicia .  
No me negarás que el alma  
Te adora desde tan niña ,  
Que te tuvo por Cupido  
Cuando tus flechas temía :  
Creció el amor con el tiempo ;  
Todo fuego sin cenizas ,  
Todo cristal sin engaños ,  
Todo verdad sin mentira ;  
Conoció de mis llamas  
La fineza y valentía ,  
Que á pesar de tu descuido  
Mis ojos te lo decían .  
Conquisté desprecios tuyos ,  
Rigores, soberanías ,  
Que son del amor la espuela  
Que mas siente y mas le pica ;  
Obligúete con finezas ,  
Perseverancias , caricias ,  
Que del desden mas rebelde  
Son dulces artillerías .  
Premiaste al fin con el tiempo  
Mi afición agradecida ,  
Porque rindieran peñascos  
Tanta firmeza y porfía .  
¿ Qué loco y favorecido  
Me miró el sol muchos días !  
Qué de envidias á la noche !  
Qué de penas di á la envidia !  
No sé si fué mi desgracia ,  
O si fué estrella enemiga ,  
Si condicion de los hados ,  
Que el mas feliz mas peligra ;  
Si natural de mujeres  
Con la mudanza nacidas ,  
Que hoy aborrecen y buyen  
Lo mismo que ayer seguían .  
En medio del mayor golfo  
De mis venturas y dichas ,  
Sentí desagradados tuyos ,  
Hallé las finezas frias ;  
El trato desapacible ,  
Las comunicaciones tibias ,  
La conversacion sin gusto ,  
Falsa y fingida la risa .  
Engendró en mi esta mudanza  
Mil sospechas atrevidas ,  
Mil diferencias los celos ,  
Mil recatadas malicias .  
Procuré desenojarte .  
Y siempre me recibías  
Desabrida en las preguntas ,  
Violentada en las visitas :  
A adverti que con cuidado

Cuando esperabas la mía ,  
Salías de tu cabaña  
A visitar tus amigas .  
Sentía mucho estas burlas ,  
Porque no hay mayor desdicha ,  
Que llegar un desdichado  
A serlo en las cortesías .  
Lloraba tus extrañezas ,  
No lo encarezco , Jacinta ;  
Si las lloré , tú lo sabes ,  
Y tu admiración lo diga .  
No pudieron mis ternezas  
Humanar tus rebeldías ,  
Que es muy difícil el gusto  
De torcer, cuando se inclina .  
Porfiaban mis cuidados  
Contra tus descortesías ;  
Que nacen de un parto siempre  
El amor y la porfía .  
Llegó tu desden á punto ,  
Que por dar color y tinta  
A tu afrentosa mudanza ,  
En fin, me dijiste un día :  
— Aunque yo quiera, Bertiso ,  
No es posible, si lo miras ,  
Que el premio de tus finezas  
Mis favores lo prosigan .  
Aquesta correspondencia  
Amenaza ya ruina :  
Yo lo sé ya, no me apures ,  
Que soy de amor profetisa .  
Yo reconozco mis deudas  
Y obligaciones precisas ;  
Pero las leyes del gusto  
A nadie por fuerza obligan .—  
Quien escuchó estos desaires ;  
Quien oyó estas injusticias ,  
Quien sufrió aquestos agravios ,  
Quien reparó estas heridas ,  
¿ Qué sentiría callando ?  
Qué tal el alma tendría ?  
Qué Mongibelo, qué incendio  
No apagara esta avenida ?  
Finalmente, retiréme  
Llorando centellas vivas ,  
Respirando mas veneno  
Que mil víboras y dipsas .  
Supieron despues mis celos...  
Mas ¡ ay pluma, no lo digas ,  
Que no lastima el agravio ,  
En tanto que no se explica !  
Anegábame en tristezas ,  
Viendo la mas inaudita  
Tragedia que ha visto el odio  
Desde que ve tiranías ;  
El rigor mas inhumano  
Que vomitaron las minas  
De la ingratitud al mundo ,  
Entre olvido y villanías .  
Lloraba así mi desgracia ,  
Levantábame, y sentía ,  
Si hay sentimientos y llantos  
Que al vivo sientan desdichas .  
Para mí no era consuelo  
La comun mercadería  
De mudanzas y de olvidos ,  
Que á las mujeres se aplica ;  
Ni el interes poderoso  
Que imposibles facilita ,  
Ni la inconstancia del gusto ,  
O la inquietud fugitiva ;  
Porque Jacinta en el Bétis  
Fué venerada y tenida  
Por deidad en traje humano ,  
Si no por mujer divina :  
Serafín de otra materia  
Y una forma peregrina ,  
Sin imperfeccion humana  
De las que acá se practican ;

Hidalgo espíritu noble ,  
Con otras leyes distintas ,  
De las que entre las mujeres  
Se cursan ó se ejercitan .  
Y así yo con su mudanza  
Elevado enloquecía ;  
Que en el sol y las estrellas ,  
Cualquiera mudanza admira .  
En fin, dejé su cabaña ,  
Y retirado en la mía ,  
Me determiné á olvidarla...  
No digo bien ; es mentira .  
¿ Quién puede borrar del alma  
Imágen bien esculpida ,  
Hermosura que se adora ,  
Discreciones que se estiman ?  
Bien que el amor ofendido  
Vengauzas blasona y pinta ,  
Mas halla en el alma luego  
Las bravatas desmentidas .  
Muchos días se pasaron  
Sin verla, sin escribirla :  
¿ Qué enamoradas violencias ,  
Qué corrientes detenidas !  
Hasta que al fin reventó  
La postema por la herida  
De un billete, en breve estilo  
Blasonando cortesías ,  
Desentadado el lenguaje ;  
Y sacara por la pinta ,  
Quien sapiera bien de amor ,  
Que por ella me moría ;  
Que retirarse quien ama ,  
Desmentir melancolias ,  
Dejar el comun paseo  
Y el color de las divisas ;  
Fingir desdenes y olvidos  
De lo que mas se codicia ,  
Son de amor niños enojos ,  
Y tretas muy conocidas .  
Respondíome cortesmente ,  
Y una vez acaso vila  
En su cabaña, y habléla ;  
Respondíome eternecida .  
¿ Qué loco es amor, qué niño !  
Qué fácil se precipita  
Tras lo que adora, aunque agravios  
Mas le tienen y retiran !  
Qué de repente las torres  
De sus venganzas derriba !  
Qué alegre olvida las quejas ,  
Si la causa de ellas mira !  
Despedime contemplando  
Los donaires que solían  
Enloquecer mi soberbia  
Y alentar mi cobardia .  
Los rayos de aquellos soles  
Derritieron con su vista  
Las nieves que ya en mi pecho  
Sierras nevadas hacían .  
Recibí luego tras esto  
Un billete con su firma ,  
Lleno de tantos favores ,  
Que me causó miedo y grima :  
Unas palabras tan dulces ,  
Un estilo tan almibar ,  
Con ternezas y humildades  
Nunca de ella presumidas ,  
Y entre mil satisfacciones ,  
Pintándose tan rendida ,  
Que hacia del rendimiento  
Soberana valentía .  
Prometía mil enmiendas ,  
Confusa y arrepentida  
De los rigores pasados ,  
¿ Mucho para tan altiva !  
Confieso que, cuando ausente  
Estos portentos leía ,  
Me recelé de ilusiones ,

Encantos, nigromancias ;  
Presumi si era artificio ,  
Si era burla, ó si sería  
Enmascarado desprecio ,  
Sierpe en flores escondida .  
Fabriqué entre aquestas dudas  
Mil alegres fantasías ;  
Que alegran á un desdichado  
Las venturas aun fingidas .  
Imaginé que había sido  
El motin y artillería  
De su rigor y mudanza ,  
Tela con engaño urdida ;  
Amorosa estratagemá ,  
Con que probar pretendía ,  
De mi afición los quilates ,  
De mi amor la bizarría ,  
De mi sufrimiento el oro  
Siguo de la perla fina ,  
De mi firmeza el valor  
Que en desdenes se examina .  
Determiné aventurarme ,  
Y fué acierto de mi dicha ;  
Que siempre en cosas de amor  
Es dichosa la osadía .  
Visítela en su cabaña ,  
Y halléla tan persuadida  
A mi amor, que su mudanza  
Me pareció tropelia .  
Creía ; que en esta ciencia  
Todas las dudas espiran .  
Cuando son palabras y obras  
Conformes y parecidas .  
Admiróme esta ventura  
Nunca pensada ni escrita ;  
Parecióme lo pasado  
Encanto de Falerina .  
Tan rico, alegre y dichoso  
Estas glorias me tenían ,  
Que dudé si había soñado  
Aquellas pasadas cismas .  
Comencé á gozar bonanzas ,  
Acabóse mi desdicha  
En aquesta fe tan firme ,  
Que el dudar fuera herejía ,  
Averigüé con mi daño  
Las pasadas baterías  
Y causas de su mudanza ,  
Con tan nuevas maravillas .  
Respondíome tan discreta ,  
Que fué su respuesta misma  
Causa de mayores glorias .  
Si hay mas gloria que Jacinta .

(Maravillas del Parnaso.)

1481.

(Anónimo.)

Sal, Laura, del alma mía ,  
Sal, ingrata, de mi pecho ,  
Que pues me quitas la vida  
Sin duda que eres veneno .  
Sal, engañosa sirena ,  
Que sin duda engaños fuéron  
Tan grandes muestras de amor ,  
Pues las ha borrado el tiempo .  
Sal, helado pedernal ,  
Traidora, que á mis deseos  
Das el hielo y la dureza  
Y á los extraños el fuego .  
Mas no salgas, dueño mio ,  
Habita en mi entendimiento ,  
Toma esta parte del alma ,  
Pues eres de toda el dueño .  
Como á mi reina, aunque injusta ,  
Dulcemente te obedezco ;  
Que un leal tiene por leyes  
De su rey los desafueros .

Como tórtola viuda  
Mis tristes lágrimas bebo,  
Sin parar en ramo verde  
Por ser mi mal sin remedio.  
Fué tu amor, Laura querida,  
Un prado de flores lleno,  
Que si Febo es quien las cria,  
Tambien las marchita Febo.  
Crió tu amor mi amistad,  
Nació y murió con mi fuego;  
Que toda mujer querida  
Con certeza, quiere ménos.  
Si gozara tus favores,  
Cantara sacros concetos;  
Mas como abeja sin rey  
El panal que labro es seco.  
Acuérdate, bella ingrata,  
Si leyeres estos versos,  
Que son de un pastor perdido  
Que engañaste en otro tiempo.  
Si hicieras burla y alarde  
De mis versos con discretos,  
Di que los escribió un loco,  
Para solo amarte, cuerdo:  
Un hombre que ya há tres años  
Que da suspiros al viento,  
Que como son aire y soplos,  
Te hielo á tí y yo me quemó.  
Estos son, ajena Laura,  
De un desdichado los ecos,  
Firmes como su desdicha,  
Porfiados como necios.

(Maravillas del Parnaso.)

1482.

(Anónimo.)

Sin celos goces, Anarda,  
De los amores de Fabio,  
Que me dicen que está loco  
De ver que le quieres tanto.  
Moviéronte sus finezas,  
Venciéronte sus regalos;  
Que de dádivas y ruegos  
Aun no está seguro un mármol.  
En efecto, ya agradececes:  
En tu condicion milagro!  
Que aunque lo envidio, me huelgo  
De saber que quieres algo.  
Zagala, toda ventura,  
Espérate un desengaño,  
Porque sepas lo que siento,  
Porque sientas lo que paso.  
El amor en los principios  
Es dulce, apacible y blando;  
Mas cuando llega á causarse,  
¿Cómo se precia de ingrato!  
Dichoso el que á serlo llega  
Sin peligro ni embarazo,  
Que como le buscan flores  
No le desvelan cuidados.  
Poderoso amante tienes,  
Por cuyas venturas ando  
En celos de sus victorias,  
Corrido de mis agravios.

(Romances varios de diferentes autores.)

1483.

(Anónimo.)

Hagamos las paces hoy,  
Enojado dueño mio,  
Que no vive el bien en mí,  
Pues en tu gracia no vivo.  
No es posible que te quiera,  
Pues adorándote finjo  
Invenciones de un amor

Callado, aunque fugitivo.  
Perdona mis disparates,  
Que son de celos nacidos;  
Y aunque bastardos los llamen,  
Al fin son del amor hijos.  
Do no los hay, no hay amor,  
Y donde los hay, no hay juicio;  
Que se juzga muchas veces  
Lo imaginado por visto.  
Cuando tus brazos están  
Mas á mi cuello ceñidos,  
Tu ligero pensamiento  
¿Qué sé yo si está conmigo!  
Como temerosa temo,  
Y como mujer suspiro;  
Como celosa te celo,  
Y como amante te sigo.

(Romances varios de diferentes autores.)

## ROMANCES PASTORILES.

1484.

(De Rodrigo de Torres y Lizana.)

En las tardes de verano,  
Cuando el sol la furia alfoja  
Y las nubes va vistiendo  
De agradable color roja,  
Siendo ocasion que las aves  
El mudo silencio rompan,  
Y con música suave  
Campo y aire alegres pongan,  
Resonando en la arboleda  
Un murmurio entre las hojas,  
De un viento gustoso y manso  
Qu'el calor templá y abona;  
Por medio de una espesura  
Que unos arroyuelos mojan  
De una fuente hermosa y clara  
Que vió mas de cuatro hermosas,  
A un prado qu'en medio se hace  
Do la yerba es abundosa,  
Sale á guardar su ganado  
Liria, gallarda y graciosa:  
Recogidos los cabellos  
Con arte maravillosa,  
Que avasallan á los altos  
Y á los humildes despojan:  
Ojos de pestañas negras  
Que el color purpúreo adornan;  
Que no miran, mas si miran  
Es porque en riqueza pongan  
Un palo seco en la mano,  
Qu'es señal qu'el que la adora  
Queda en tales maos seco,  
Porqu'en todo se lo roba,  
Con el cual castiga el daño  
De la res que fué golosa,  
Y avisa del escarmiento  
De aquel que su amor no toca.  
Las yerbas que va pisando  
Mas dulce renuevo brotan  
De azul color y pajizo,  
Porqu'envidia y celos cojan.  
Adónis que la vió luego  
Por entre unas huertas sola,  
Fué á declararle su amor  
No escarmentado de cosas;  
Pero llegado junto á ella  
El aliento se le apoca,  
Y queriendo echar la voz,  
El temor tapó la boca.  
Al fin, animando, dijo:  
—Vengo á declarar, señora,  
Un amor qu'entre otros muchos  
A todos los empeora:  
A vos dirigido vengo

Por hacer un trueco y compra,  
Que ha de ser de un alma á otra alma  
Y de un aficion á otra.  
Responded al gran deseo  
De un alma firme amadora,  
Y si os da gusto este trueco  
Quedaré yo con mejora.—  
Liria, por no despedir  
Ni dar lugar á las obras,  
Respondió qu'era temprano,  
Y la respuesta dudosa.—  
Eché los ojos Adónis  
A las manos cazadoras  
De las libres voluntades  
Que á ningun deseo perdona,  
Y acordóse qu'en sus brazos  
Apretado d'esta diosa,  
Perdió el sér del alma y cuerpo  
Sin acuerdo en su persona,  
Y vió qu'en un dedo tiene  
Dos anillos la pastora;  
Pidióle uno, aunque no hay falta  
Para acuerdo, de memoria:  
Recibiólo prometiéndolo  
Devolvérselo á la hora,  
Cuando su sabroso gusto  
En pedirselo disponga;  
Y porque contento estaba  
Con cierta prenda engañosa,  
Lo sacó de aquel engaño  
Y le prometió dar otra.  
Era la prenda que digo  
De su sér cogida, propia  
Prenda, que prende en el alma  
Y cuidados amontona.  
Ella que por puntos teme  
Y qu'el temor la congoja,  
Con sobresalto le dice:  
— Idos; — y él responde: — Agora.—  
Pero porque ya en entrambos  
El temor va por la posta,  
Por no ser vistos ni oídos  
Por diversas vias se tornan.

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte.)

1485.

(De Rodrigo de Torres y Lizana.)

En el curso del camino,  
Cansado de la jornada,  
Pero no en la pretension,  
El pastor Alcides pára,  
Y va buscando al Parnaso  
Por beber sus aguas claras;  
Que con ellas á sus glorias  
Piensa librar de desgracias.  
Era el pastor algo pobre,  
Aunque era noble en la casta;  
Que la invidiosa fortuna  
Le quitó al valor las armas.  
Dotólo naturaleza  
De todo lo que la fama  
Suele publicar de Aquiles,  
Y á su ingenio dió ventaja.  
Puso su alto pensamiento  
En una estrella tan alta,  
Que á las pastoras de envidia  
Y al pastor de amores mata;  
Y viendo que no es posible  
Merecer tan bella dama  
Con falta qu'estima el mundo,  
Todo lo demas es nada,  
Acordó de ir á las musas,  
Porque la ciencia extremada  
Acabe de ennoblecero  
Y dé remedio á su falta;  
Y caminando el deseo  
Hasta el fin de la jornada,

Al entrar de una arboleda  
El pastor Alcides pára  
Al tiempo que alegre Apolo  
Del hondo mar se levanta,  
Y á vista de mil naciones  
Su cabellera desata  
Quitando al campo las sombras  
Que su ausencia le causaban;  
Y por entre ramos y hojas  
Metiendo unas luces blancas,  
Era un verde prado el suelo  
Que frescas flores esmaitan,  
Y diversas fuentes vivas  
Con sus arroyos le bañan;  
Y viendo esta gran verdura  
Se acordó de su esperanza,  
Que ni en el verano crece  
Ni en el invierno está helada;  
Que le parece que puede,  
Por tener tan gran constancia,  
Sustentar con ella el cielo  
Como Alcides con sus palmas;  
Y aunque la verdura y flores  
A mas descanso le llaman,  
Fué adelante contemplando  
La hermosura de las plantas;  
Y en una fuente de aquellas  
Halló de piedras labradas  
Cuatro pilares qu'en medio  
Unos arcos sustentaban,  
Y encima d'ellos habia  
Una piedra muy extraña  
De blanco y fino alabastro  
Con unas figuras varias.  
Era un labrador vestido  
De tosco sayal y abarcas,  
Con una yunta de mulas  
Que un áspero trillo arrastran,  
Que la tierra y los terrones  
Dentro de un cercado allanan,  
Y encima esta letra escrita:  
«Es ley que amor siempre guarda.»  
Consolóse mucho Alcides  
Con ver la letra gallarda,  
Y su fe en el alma luego  
Con letras de oro la estampa,  
Diciendo: — Clarina mia,  
Figurada en mi esperanza,  
Considera esta aventura  
Ser las armas de tu casa,  
Qu'en tí todos mis deseos  
Como entre molde se fraguan,  
Y no ternán crecimiento  
Si no es que crezca tu alma;  
Y pues casto amor mi pecho  
Con buen celo y justo guarda,  
Mostrandote agradecida,  
Oye lo que mi alma canta.

Cantar en redondillas.

«Ojos que dan con primor  
Dulces y alegres enojos,  
Aunque á tí te sirven de ojos  
Son rayos del dios de amor.  
Sola la imaginacion  
Que d'ellos el alma tiene,  
Es arcaduz por do viene  
El veneno al corazon;  
Y pues sus figuras son  
Sin ellos de tal rigor,  
Aunque á tí te sirven de ojos  
Son rayos del dios de amor.»

Sigue el romance.

Feneció su canto Alcides,  
Y otro rato allí descansa,  
Y tras d'esto á su trabajo  
Volvió con terribles ausias

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte.)